

Dios,
¿segues llamando?
¿Llamas de verdad?
¿Cómo puedo oírlo? ¿o sentirlo?
¿Cómo te das a conocer?

Sí, tú lo haces.
Lo oigo y lo veo en tus testigos.
Ellos han oído tu voz.
Y le han dado una respuesta.
Ellos son tu voz.

Eso ha cambiado sus vidas.
A veces de forma impredecible.
Inexplicable,
sobre todo para ellos mismos.
Pero han dado el paso.

Han aceptado su lugar,
el lugar que tú les has dado.
No podrían encontrar otro mejor.
Su lugar para amar:
a ti y a sus semejantes.

Se han atrevido a
la aventura del Espíritu.
Y así nos muestran
quién es Jesús.
Dicen con sus vidas
lo que Jesús se atreve a pedir.
El único que puede,
al que se le permite hacerlo.

Al decir sí,
han cambiado también la vida
de los demás.

Con su testimonio.
Por su ' sí ' .
Por esa forma de ser pobres,
pero también ricos.
Porque ahora son ellos mismos,
más que nunca.
Y, sin embargo,
no son esclavos de sí mismos,
porque están totalmente
entregados.

Sigue llamando, oh Dios.
Abre nuestros corazones
y nuestros ojos.
Y nuestros oídos.
La humanidad te necesita.
La humanidad nos necesita.

Gracias por los
que se sienten llamados.
Gracias por los
que permanecen fieles
en la búsqueda.
Permanece junto a ellos día a día.

Da la luz que necesitamos
para el siguiente paso.
Nada más que el siguiente paso.
Hasta que llegue la hora
de la llamada.
Tu hora.
Nuestra hora.
La hora que toma una vida,
y llena una vida,
y da vida.
Tu vida.

Lode Van Hecke, obispo de Gante